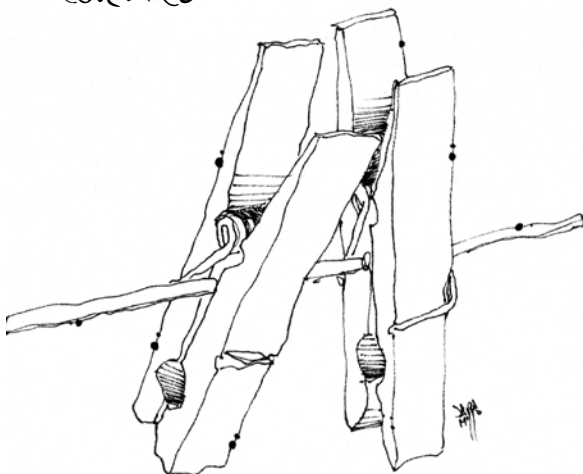


Cuento



Pequeña Venganza

POR ISABEL HERRERA DE TAYLOR

Sobre la cama matrimonial, Marta laboraba con paciencia. De vez en cuando, daba una mirada al espejo empotrado en la puerta abierta del closet. Muy dentro de ella, le parecía que la mujer en el espejo realizaba una tarea tonta: con la tijera horadaba la prenda de vestir que tenía entre sus manos. Era una represalia simplona y quizás cursi, pensó, pero era su venganza personal. Nada de insultar o hacer daños físicos. De seguro existían formas más terribles de castigo, pero ella era incapaz de grandes acciones. Eso era algo que su esposo le había reprochado en muchas ocasiones. Solía repetirle: "Piensa en grande, ambiciona en grande, y obtendrás mucho de la vida."

Él sentía un amor sincero por los bienes materiales; y, también, se preocupaba demasiado por las apariencias. Marta recordó la ocasión cuando en una fiesta cayó una bebida en la pierna del pantalón de su esposo. "Poca cosa, ¿quién lo notaría?" dijeron los más cercanos al hecho. Ángel Rivera los desoyó y manejó por 15 minutos de ida a la casa y otros tantos de vuelta para cambiarse, porque —según explicó posteriormente— "no resistía esa pequeña suciedad en su pantalón." Así actuaba en todo lo referente al vestir; la presencia de una arruga en la ropa, le impacientaba. Marta terminó estas ideas, pensando en que los perfeccionistas son así, sufren por los pequeños detalles: el marco

de un lienzo ladeado en una pared, una abolladura en un objeto, un tachón en un escrito.

Extendidos en la cama había varios pantalones del esposo. Marta les fue haciendo un orificio en la entrepierna de cada uno, cerca de la costura; un lugar en el que, tenía la esperanza, no se notara la presencia del hoyuelo. Las camisas corrieron igual suerte. En éstas, el hueco fue hecho debajo de la manga, justo donde va la axila. Trabajaba con calma, sin apuro. La mujer en el espejo sonrió gozosa, nada más de pensar que su esposo, al levantar un brazo en la calle o en la oficina, expusiera el ridículo círculo. Al ver que hacía las circunferencias en camisas de más de cincuenta dólares, una sonrisa aún más amplia iluminó su rostro.

Cuando colocaba una camisa con la labor terminada en su gancho, la mujer del espejo le preguntó:

—¿Y si lo descubre en la casa, antes de vestirse?

—¡No me importa! —contestó en voz alta. Buscará con malicia en las otras camisas; con verdadera desesperación; luego, al encontrar los feos orificios en cada una de sus valiosas prendas, va a sentir una ira tan grande como la de Dios con Adán y Eva cuando comieron la manzana, porque para Ángel Rivera su guardarropa tiene más importancia que yo.

Marta detuvo la mirada en su imagen en el espejo. Estaba hermosa a sus treinta y cinco años; las carnes en su justo lugar, bien apretadas, con una firmeza sensual; la cabellera bien peinada, cada rizo en la posición correcta; y sin embargo, algo deslucía. ¿Serían las cejas arqueadas, la ira en los ojos y una rigidez en los músculos faciales? Su marido la había contagiado con sus obsesiones.

Pestañeó y vio desfilar algunos hechos del día de su boda: El traje blanco, la ternura en los ojos de él, hasta vio las copas de champaña y escuchó las palabras dichas a la hora del brindis:

—Doy gracias a Dios por tenerte junto a mí y permitir que fueras mía—. Ángel levantó la copa, y todos los presentes brindaron felices.

El teléfono suena y suena, pero Marta está sumida en sus pensamientos.

Se dirigió al mueble peinador, tomó el sobre que anteriormente había colocado allí. Estaba dirigido a Ángel Rivera. Sacó la nota y la leyó una vez más:

“Querido Ángel:

He tomado la determinación de separarme de ti. Todo se destruyó cuando llegaste a ganar más dinero del que podíamos gastar. Tu carácter materialista, agazapado en tu alma, floreció. Tener lo más lujoso y costoso se tornó importante. Compramos un apartamento en un área exclusiva de la ciudad, nos rodeamos de comodidades, la vida nos sonreía. No tuvimos hijos, por ello la mayor parte del tiempo debió ser de ti para mí y de mí para ti. Pero no ocurrió así. No te diste cuenta que únicamente nos teníamos el uno al otro. Descubrí que unido al afán materialista te surgió, o ¿ya existía?, una absoluta necesidad de tener amantes. Socias, camareiras, amigas; quien te tratase y llevara faldas era una candidata a ser objeto de tu lascivia.

Lástima, no estaré aquí para verte. Anticipo la cara que pondrás al ver las rayas en la madera del escritorio de palo de rosa y los minúsculos daños en adornos valiosos que los tornan poca cosa. Suerte que te fuiste a la playa, ha sido la gran oportunidad

para trabajar en paz. Tengo conocimiento de que estás allá con Maricarmen Reyes. Esa belleza que es tu nueva adquisición; pobrecita, no te conoce. A todas les dices lo mismo: que yo jamás te daría el divorcio. ¡Embustero! Eres tú el que no quiere el divorcio. Y no lo deseas, simplemente, porque yo soy parte de tus propiedades adquiridas hace mucho tiempo. Tenerme es cuestión de costumbre. Peor: ¡Quizás para los dos estar juntos era cuestión de costumbre! Hacer cambios en nuestras vidas me producía mucho miedo, pero el rencor me ha brindado fuerzas para realizarlos.

Cuando regreses de tu paseo, estaré muy lejos.”

Marta

Vuelve a repiquetear el teléfono y Marta coloca la carta en el mueble.

—Diga.

—¿Es la casa del Doctor Ángel Rivera?

—Sí. El señor Rivera no se encuentra en estos momentos.

—Hablamos del hospital San Jorge, es para avisar a los familiares que él ha sufrido un accidente cuando venía de Playa Esmeralda.

—¿Es grave?

—¿Con quién hablamos por favor?

—Con la esposa.

—Los heridos están muy graves. Es importante que los familiares se hagan presentes.

—Gracias.

Marta cierra el teléfono. Las lágrimas corren por su rostro y sin pensar mucho dice:

—¡Qué desgracia! ¡Espero que viva! ¡Porque de lo contrario el destino me habrá robado mi pequeña venganza!

ISABEL HERRERA DE TAYLOR: (Panamá, 1944). Obtuvo su título en Ciencias en la Universidad de Panamá, en donde ejerció como profesora asistente de Bioquímica en la Facultad de Medicina, y en la Universidad Latina como profesora de Química. Egresada del Diplomado en Creación Literaria 2003 de la U.T.P., obtuvo el Premio Maga de Cuento Breve 2004. Ha publicado dos libros de cuentos: *La mujer en el jardín y otras impredecibles mujeres* (2005) y *Esta cotidiana vida* (2007).